

una guía de conducta, un criterio para reformar las instituciones, también otra Biblia para leer la verdadera palabra de Dios.

Es la Naturaleza Sabia, imagen de Dios, que domina la imaginación científica desde sus inicios y hasta el siglo pasado<sup>37</sup>. Pero es también la Naturaleza Buena, que «siempre sonrío» a Rousseau y que ofrece consuelo, que habla inmediatamente a los sentimientos en la primera etapa, idílica, del romanticismo. Wordsworth, por ejemplo:

(...) well pleased to recognise  
 In nature and the language of the sense,  
 The anchor of my purest thoughts, the nurse,  
 The guide, the guardian of my heart, and soul  
 Of all my moral being.  
 (...)  
 and this prayer I make,  
 Knowing that Nature never did betray  
 The heart that loved her; tis her privilege,  
 Through all the years of this our life, to lead  
 From joy to joy: for she can so inform  
 The mind that is within us, so impress  
 With lofty thoughts, that neither evil tongues,  
 Rash judgements, nor the sneers of selfish men,  
 Nor greetings where no kindness is, nor all  
 The dreary intercourse of daily life,  
 Shall e' ver prevail against us, or disturb  
 Our cheerful faith, that all which we behold  
 Is full of blessings<sup>38</sup>.

<sup>37</sup> «A principios del siglo XVII, Francis Bacon declaró en su *Advancement of Learning* que Dios nos ofrecía dos libros, para que no incidiéramos en error: el primero, el volumen de las Escrituras, que revela su Voluntad; el segundo, el volumen de las criaturas, que revela Su poderío y que éste era la llave de aquél». Jorge Luis Borges, «Del culto de los libros», en *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza, 1997, p. 173.

<sup>38</sup> William Wordsworth, «*Lives composed a few miles above Tintern Abbey, on revisiting the banks of the Wye during a tour. July 13, 1798*» en *English romantic verse*. Ed. David Wright, Londres: Penguin, 1986, p. 112. («con la alegría de reconocer/ En la naturaleza y el lenguaje de los sentidos/ El ancla de mis pensamientos más puros, la nodriza/ la guía, el guardián de mi corazón y de mi alma,/ de todo mi ser moral. [...] elevo esta oración/ Sabiendo que la Naturaleza nunca traiciona/ Al corazón que la ama; es su privilegio,/ a lo largo de nuestra vida, guiarnos/ de una alegría a otra: porque es capaz/ de formar nuestra alma interior, imprimirle/ Tanta quietud y belleza, y alimentarla/ Con pensamientos tan altos que ni la maledicencia, / Ni los juicios injustos, ni las burlas de los egoístas,/ ni las celebraciones sin amor, ni siquiera/ Las mezquinas relaciones cotidianas,/ Pueden prevalecer contra nosotros, ni alteran/ Nuestra alegre fe en que todo cuanto hay/ Está colmado de bendiciones...»).

Ciertamente, esa idea de la Naturaleza Buena es inseparable de la crítica social; de hecho, es el fundamento de la crítica, porque muestra lo que podría ser una vida armoniosa y feliz. Otra vez Wordsworth:

To her fair works did Nature link  
The human soul that through we ran;  
And much it grieved my heart to think  
What man has made of man<sup>39</sup>.

O Coleridge:

«My Friend, and thou, our Sister! We have learnt  
A different love: we may not thus profane  
Nature's sweet voices, always full of love  
And joyance!...»<sup>40</sup>.

Observemos que ese ánimo ilusionado y esa imagen de la Naturaleza buena no es lo único que hay en el romanticismo. Al contrario, hay una conciencia inerradicable del mal –también en Wordsworth: «Suffering is permanent, obscure and dark,/ And shares the nature of infinity»– que se manifiesta, terrible, incluso en los contrastes del paisaje<sup>41</sup>, que reproducen los contrastes del alma. Más aún: hay la idea de la Naturaleza indiferente y sombría (Byron: «All things that have been born were born to die, / And flesh (which Death mows down to hay) is grass...»)<sup>42</sup> o incluso monstruosa, criminal, destructiva, en la intranquilizadora herencia de Sade: «Eran monstruos [Gilles de Rais y otros semejantes], me objetan los necios. Sí, según nuestras pautas y nuestro modo de pensar; pero respecto a las grandes miras de la naturaleza sobre nosotros, ellos no serían más que los instrumentos de sus designios; para llevar a cabo sus leyes, ella los había dotado de esos caracteres feroces y sanguinarios»<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> Wordsworth, «Lines written in Early Spring» en *Ibid.*, p. 108. («La Naturaleza unió su belleza/ Al alma humana que me atraviesa;/ Y mi corazón sufre al pensar/ Lo que el hombre ha hecho del hombre»).

<sup>40</sup> Samuel T. Coleridge, «The Nightingale» *English Romantic Verse*, op. cit., p. 179. («Amigo mío y Tú, nuestra Hermana! Hemos aprendido/ Una sabiduría distinta: no podemos profanar/ Las voces dulces de la Naturaleza, llenas de amor/ Siempre y de alegría...»).

<sup>41</sup> Ver M. H. Abrams, *Natural Supernaturalism. Tradition and Revolution in Romantic Literature*. New York: Norton & Co., 1973, «The Theodicy of the Landscape», p. 97ss.

<sup>42</sup> George Gordon Lord Byron, *Don Juan, canto 1*, en: *English Romantic Verse*, op. cit., p. 229.

<sup>43</sup> *Marqués de Sade cit. p. Mario Praz: La carne, la muerte y el Diablo en la literatura romántica*, trad. de R. Mettini, Barcelona, *El Acantilado*, 1999, p. 181.